



ROMANCE TRAGICO

DE LISARDO EL ESTUDIANTE DE CORDOBA.

Refiérense los lances amorosos, miedos y sobresaltos que acaecieron á este caballero, por los amores que tuvo con una dama llamada Doña Teodora, natural de la ciudad de Salamanca; con lo demas que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Escucha Cárlos mi historia sino te enfada el oírta, por lo estraordinaria y larga, no menos que por prolija y triste en su confusion: pues ella será vestida de repetidos asombros, siempre anunciando desdichas. Mi nombre propio es Lisardo, Córdoba es la patria mia, y tierra donde mis ojos

la primera luz veían: el apellido no es justo que en público lo repita; tú lo sabes, y lo callo por honor de mi familia. En esta ciudad criéme con las costumbres debidas, y estilos mas bien versados que hay en la caballería. Y despues que hube estudiado hasta la filosofia,





Llegué á la edad mas perfecta  
 de mis años, pues cumplia  
 diez y siete primaveras,  
 cuando mi padre sentía  
 que andaba mal divertido,  
 con que al instante me envia  
 á estudiar á Salamanca,  
 fletándome la partida  
 con dineros y un criado  
 que llevé en mi compañía.  
 Dentro pues de breve tiempo  
 á los muros dimos vista  
 de Salamanca, entré en ella,  
 descansé, y al otro dia  
 la Universidad visito  
 de las escuelas antiguas,  
 donde estudiantes concurren  
 de toda la monarquía.  
 Tres años cursé las leyes,  
 siendo rayo en la porfía  
 de conferir competencias,  
 dándole á todo salida,  
 y por esto en la ciudad  
 todos ya me conocian.  
 Adquirí muchos amigos  
 de mi propia gerarquía,  
 y entre estos mi voluntad  
 á uno solo preferia,  
 mi corazon le fiaba,  
 y él el suyo me ofrecia.  
 Claudio tenia por nombre,  
 siendo la amistad tan fina,  
 que tú por tú nos hablamos:  
 Claudio una hermana tenia,  
 llamada Doña Teodora,  
 de virtudes tan crecidas,  
 de discrecion recatada,  
 que de sus ojos las niñas  
 jamás levantó del suelo,  
 siempre de Dios asistida.

Robóme su amor el alma,  
 quedando yerto y sin vida  
 desde el punto que la vi:  
 era una hoguera encendida  
 mi pecho, un bolcan ardiente,  
 y aunque me hallaba á la vista  
 de Teodora, nunca pude  
 hablarle sino por cifras.  
 Y ella honesta y sonrojada  
 se hacia desentendida,  
 bien por temor de su hermano,  
 ó por rigor de dos tias,  
 que eran las que la criaron,  
 y á su cargo la tenian.  
 Quise pedirla á su hermano,  
 y me dieron la noticia  
 de que estaba para monja  
 dedicada y dirigida.  
 Apenas tan tristes nuevas  
 adquirí, cuando mis dichas  
 se desplomaron al suelo,  
 quedando desde aquel dia  
 descuadernado de insultos,  
 desvelado de fatigas,  
 ostigado de congojas,  
 en fin sin norte y sin guia,  
 hasta que tuve ocasion  
 por una criada antigua  
 de la casa de Teodora,  
 que humilde y compadecida  
 de mí, se determinó  
 por un postigo que habia  
 el darme entrada una noche,  
 de algun interés movida.  
 Hízome francas las puertas,  
 y con huellas no sentidas  
 armé de valor el miedo,  
 subí una escalera arriba,  
 llegué al cuarto de Teodora,  
 y á la luz de una bugía



la vide estar inclinada  
 á un libro donde leía,  
 tan embebida en extremo,  
 que hasta que la sombra mia  
 la hizo que recordase,  
 no sintió quien lo impedia.  
 Quitó del libro los ojos,  
 y temblando, estremecida,  
 fue á hablarme, mas no pudo.  
 Yo entonces, señora mia,  
 la dije, no os asusteis,  
 que vuestro honor no peligrá,  
 que nunca está mas guardado  
 que ahora, que lo cobija  
 sangre noble; mas no es tiempo  
 de que mi descargo os diga,  
 cuando miro los temores  
 cercados de mí osadía;  
 contemplo tambien los riesgos  
 que os ofuscan y fatigan:  
 y así disculpe mi arrojé  
 aquesta llama encendida,  
 aqueste amor abrasado  
 que tanto hácia vos me inclina.  
 Mil veces mis tristes ojos  
 os han dado la noticia  
 que con el alma os adoro,  
 y á todo desentendida  
 os habeis hecho, sin dar  
 señas de correspondida.  
 Y si al entrar religiosa  
 vuestra afición os dedica,  
 no quiero servir de estorvo,  
 que en el estado en que sigas,  
 seré gustoso en serviros  
 con el alma mientras viva,  
 con pensamientos honestos.  
 En tanto que le decia  
 todas estas espresiones,  
 Teodora volviendo iba

del susto, terror y espanto,  
 al aire un suspiro afirma,  
 y deshojando el clável  
 de sus labios, me decia:  
 ay Lisardo, ¡quién pudiera  
 á tu amor darle cabida,  
 sin romper obligaciones  
 del voto que ya me obliga!  
 Mira mi recogimiento,  
 mira el fervor que me anima,  
 mira tambien la palabra  
 que á Dios le tengo ofrecida;  
 y pues eres entendido  
 no inquietes la pasión mia.  
 ¿para qué hemos de engolfarnos,  
 donde esperanzas no hay vivas,  
 sino de muertos deseos?  
 Y mañana, en aquel día,  
 sabes que voy á un convento  
 con voluntad libre y fina.  
 Galantea otra hermosura  
 que te pague con caricias:  
 yo me alegraré que halles  
 quien á tu afecto se rinda,  
 quien te llene de favores  
 y tus estandartes siga;  
 que de mí no has de sacar  
 mas que el serte agradecida.  
 Y diciendo estas razones,  
 con ruegos me encarecia,  
 la dejé sola y me salgo  
 de la casa, pues sentia  
 no recordase su hermano.  
 Viendo que razón tenia,  
 la obedecí luego al punto:  
 confuso me despedia;  
 bajo al jardín, siento ruido  
 de armas, y que decia  
 una voz: abrid, matadle.  
 Tendí la vista, y veía



en la puerta un embozado,  
 y al ver que no parecia  
 la criada, presumí  
 alguna traicion urdida.  
 Entre confuso y turbado,  
 con mi espada prevenida  
 salgo á la calle de un vuelo,  
 y mi contrario decia:  
 no es puesto seguro este  
 para reñir, y partia.  
 Tiró delante y seguíle,  
 dispuesto me apercebia,  
 resuelto á lo que saliere;  
 y acelerados con prisa  
 fuimos travesando calles,  
 y al cabo de ellas habia,  
 fuera ya de la ciudad,  
 unas paredes hundidas,  
 un sitio tan tenebroso  
 que horrorizaba aun de dia.  
 Allí se volvió, y me dijo  
 con voz profunda y sentida:  
 aqui han de matar á un hombre,  
 Lisardo, enmienda tu vida,  
 repara bien lo que haces  
 y no vivas tan aprisa.  
 Esto dijo, y al instante  
 como sombra oscurecida  
 desapareció. Ya puedes  
 ver como yo quedaria,  
 dejándome tan helado,  
 que allí acabára la vida,  
 y juzgo me halláran muerto,  
 si la clemencia divina  
 no me hubiera dado esfuerzo,  
 ¡O Providencia infinita!  
 cuál es la misericordia  
 de tus entrañas benignas;  
 pues sin bastarme los bríos,  
 mi cuerpo en tierra caía,

desaliñado el semblante,  
 interpolada la vista,  
 angustiado el corazon,  
 que en los temores la prisa  
 siempre ha sido perezosa.  
 Mas cobrando nueva vida  
 desamparé poco á poco  
 el puesto de mi ruina.  
 Vuelvo á la ciudad pasmado,  
 las sombras me estremecian,  
 y por si siguen mis pasos  
 volviendo siempre la vista.  
 Todo cubierto de sombras,  
 con mortales agonías,  
 de mi posada las puertas  
 toqué, y de pronto me abria  
 mi criado, y conociendo  
 cuan sobresaltado iba,  
 preguntándome la causa  
 de todo le di noticia,  
 por tener de él confianza,  
 que las penas repetidas  
 comunicadas son menos,  
 si hay quien ayude á sentir las.  
 En fin pasé aquella noche  
 con desvelos; y á otro dia  
 Teodora entró en el convento  
 con la ostentacion debida,  
 con el honroso aparato  
 que la ocasion requería.  
 No quisiera ser molesto,  
 pero tu atencion me obliga:  
 perdóname, amigo Cárlos,  
 mi dilatada osadía,  
 que aqui cesa aquesta historia,  
 mientras que se fortifica  
 y corrobora el discurso,  
 para que adelante siga  
 con segunda relacion  
 de otras penas mas crecidas.



## SEGUNDA PARTE.

**S**upuesto que la licencia  
 me tienes ya concedida,  
 Cárlos, escucha hasta el fin  
 lo que una pasión motiva.  
 Después que hubo Teodora  
 logrado tan santa vida,  
 y estado de religiosa,  
 ya en la clausura metida,  
 yo refrené mis pasiones,  
 modesto anduve unos días  
 disimulando mi pena.  
 Le hacia algunas visitas  
 ya en público ya en secreto;  
 pero con tal modo iba  
 que jamás causé recelo  
 de las sospechas antiguas.  
 Cansado ya de aguardar  
 mi pasión me precipita,  
 interponiendo papeles  
 que á Teodora le escribia.  
 Cuatro meses se pasaron  
 reiterando esta porfía,  
 hasta que tocó el demonio  
 el clarín de la lascivia,  
 que con espanto y denuedo  
 dejó á Teodora vencida,  
 toda embebida en deseos,  
 toda en celos sumergida,  
 y otras muchas apariencias  
 que el demonio la ponía,  
 y sin poder reportarse  
 me llamó, y me dijo un día:  
 Lisardo mio, ya ha tiempo  
 que me tienen tan sin vida  
 un ejército de celos,  
 un tropel de ansias prolijas,  
 un lago de pensamientos,

que aunque quiero, no soy mia.  
 Tan tuya me constituyo,  
 que si tú te determinas  
 á sacarme del convento,  
 sin que el temor lo resista,  
 sin que el pundonor lo estorve,  
 me arrojaré compelida  
 á los lazos de tu amor,  
 y hallando en ellos cabida  
 trataremos nuestras bodas,  
 ofreciéndote la vida  
 y mi mano juntamente  
 que es el triunfo de mis dichas.  
 Le respondí: dulce dueño,  
 amada prenda querida,  
 no quiero morir creyendo  
 con el donaire y la risa,  
 que me quieres engañar.  
 Teodora me respondía:  
 no os engaño, no por cierto,  
 sino que tu cobardía  
 busca ya desaguadero  
 para olvidarme. Y aplica  
 un lienzo blanco á sus ojos  
 que rasados los tenia  
 en lágrimas; y entendido  
 de que no era fantasía  
 ni sueño lo que escuchaba,  
 le dije: Teodora mia,  
 desde luego me consiento  
 en hacer cuanto me pidas,  
 sin que riesgos me acobarden,  
 aunque perdiera mil vidas.  
 En fin, trazamos el modo  
 de que una noche yo habia  
 de ir á escalar el convento,  
 y ordenar nuestra partida.





Llegó la aplazada noche  
 que no tardó su venida,  
 me armé lo mejor que pude,  
 y sin llevar compañía,  
 tocando el reloj las doce,  
 sin advertir las ruinas  
 y desdichas que me aguardan,  
 al monasterio partía.  
 Llegué á las últimas calles,  
 donde asombrado me habia  
 la primera vez, y apenas  
 llegué, como que sentía  
 un silencioso ruido  
 de gente que ya venia  
 siguiéndome las pisadas.  
 Pero andando á toda prisa,  
 alargué el paso, y quedéme  
 oculto tras de una esquina.  
 Y al emparejar conmigo  
 uno en alta voz decia:  
 si ese es Lisardo, matadle;  
 muera, muera, repetian.  
 Moviendo un tropel de espadas,  
 oigo una voz compasiva,  
 que decia: ay que me han muerto!  
 y luego al punto partian  
 huyendo los agresores,  
 y en silencio ensordecida  
 quedó la calle, y quedé  
 que el alma se me quería  
 del susto salir del cuerpo,  
 y de miedo que tenia,  
 pues propiamente yo era  
 aquel á quien muerto habian  
 á cuchilladas; no obstante,  
 con la oscuridad que hacia  
 eché á andar, y á pocos pasos  
 vi un muerto, cuyas heridas  
 estaban vertiendo sangre.  
 Aquí ser verdad creía

lo que juzgaba era sueño,  
 que en el sitio aquel habian  
 de matar á cierto hombre;  
 y mas cuando precedia  
 verme en tanta desventura,  
 con la lengua enmudecida,  
 con los pies casi travados,  
 quise huir y no podia;  
 cuando miro de repente  
 que un grande tumulto iba  
 acercándose hácia mi.  
 Dije: si esta es la justicia,  
 y me halla un muerto entre manos,  
 por mas que yo me desista,  
 me ha de dar muerte afrentosa,  
 sin tenerla merecida.  
 Temeroso pues de dar  
 en semejante ruina,  
 escapé, Dios sabe como;  
 y yendo á darle noticia  
 á Teodora de este asombro,  
 de este aviso que me habia  
 hecho tragar tantas muertes,  
 sin tener mas que una vida;  
 cuando de impensadamente  
 las campanas se tañian,  
 con tan lúgubres clamores  
 que en altas voces publican  
 la muerte del desdichado.  
 Y mas novedad me hacia  
 oir tan general doble  
 á tal hora, pues indica  
 ser el muerto un gran sugeto.  
 Llegaba casi á dar vista  
 al monasterio, y escucho  
 que por la calle vecina  
 se oyen funerales voces  
 de un entierro que venia.  
 Encúbrome en un portal,  
 y ví pasar en dos líneas



un grande acompañamiento  
 de Eclesiásticos que iban  
 puestos de sobrepellices,  
 con sus hachas encendidas,  
 con su cruz y manga negra,  
 y á ninguno conocia.  
 Vi á la postre que llevaban  
 entre cuatro (qué fatiga!)  
 en un pavés á un difunto,  
 que una vayeta cubria.  
 Acabaron de pasar,  
 y como me perseguían  
 á un tiempo tantos asombros,  
 ya de puro miedo hacia  
 valor, algo recobrado;  
 y ya que llegando iban  
 al monasterio, reparo  
 que en la iglesia se veían  
 entrambas puertas abiertas,  
 con mil luces encendidas,  
 y todos se entraron dentro.  
 Aqui ya despavorida  
 la mente, consideraba  
 de que si atrás me volvía  
 aun mas peligros me estaban  
 amenazando la vida.  
 En fin mas muerto que vivo,  
 con la sangre helada y fria,  
 llegué tambien á la iglesia,  
 donde tragando salivas  
 estuve á la puerta un rato,  
 si entraria ó no entraria.  
 Despues que al difunto cuerpo  
 en medio puesto lo habian,  
 cercado de muchas luces,  
 le oí cantar la vigilia,  
 y dije: en cantos tan santos  
 no puede haber fantasía  
 de apariencias ó visiones;  
 con que á entrar me resolvía.

Lo mas secreto que pude  
 entré, y con agua bendita  
 signándome muchas veces,  
 ni un Pater noster podia  
 rezar, á causa que tantos  
 en mí pusieron la vista.  
 Ya que nadie me miraba,  
 con recato y cortesía  
 le pregunté al mas cercano  
 de los cantores que habia,  
 ¿de quién era aquel difunto?  
 Un suspiro dió, y decia:  
 es Lisardo el estudiante,  
 de quien podeis dar noticias  
 vos, como que sois él mismo.  
 Aqui sí me acometian  
 los verdaderos temores:  
 aqui fueron las fatigas,  
 aqui fué el tentarme el pecho  
 por si herido lo sentía,  
 como suele acontecer;  
 y á preguntarle volvía  
 á otro, á ver si concordaba.  
 Lo mismo me respondia:  
 á lo cual les repliqué,  
 mirasen lo que decian,  
 á los dos, que se engañaban,  
 que yo de cierto sabia  
 que no era Lisardo el muerto.  
 Aun acabado no habia  
 de decir estas razones,  
 cuando aquel que presedia,  
 puesto en pié dió una palmada,  
 y por todos respondia,  
 diciéndome: caballero,  
 cuantos están á tu vista  
 son Almas del purgatorio,  
 que ayudadas y asistidas  
 de la oracion y limosna  
 de Lisardo, agradecidas





hemos venido á enterrarle,  
 y á corresponder benignas,  
 pidiendo á Dios por su alma,  
 que de presente se mira  
 en duda su salvacion,  
 y en grande riesgo metida;  
 y pues vos nos impedís,  
 los oficios no prosigan,  
 que así vos lo perdereis.  
 Apenas esto decia,  
 cuando matando las luces  
 todos desaparecian.  
 Caí desmayado en tierra,  
 y aunque casi muerto, oía  
 las divinas amenazas;  
 cuando en mi acuerdo volvía,  
 incliné al cielo los ojos  
 ante Dios, por mi osadía,  
 diciendo: Señor, conozco  
 el mal ejemplo y doctrina  
 que he dado en tu santa casa;  
 mas por tu bondad benigna  
 propongo de aquí adelante  
 enmendar mi mala vida.  
 Bien conozco que á ofenderos  
 mi vil pasión me encamina;  
 mas vuestra misericordia  
 de instante á instante me avisa,  
 á cada paso me llama,  
 y yo ciego en mi porfía.  
 Ea, Dios mío, amparadme;  
 y entre angustias y fatigas,  
 asido de las paredes  
 de la iglesia me salía.  
 Cuando ya me vi en la calle,  
 como que no lo creía,  
 y triste y muy pesaroso  
 fui á mi casa, y repartía

dineros, joyas y alhajas:  
 la ropa de mas estima  
 la regalé á mi criado,  
 y abrazándole, decia:  
 ea leal compañero,  
 Lisardo perdió la vida,  
 yo propio le ví matar,  
 que te daré señas fijas;  
 yo le acompañé en su entierro,  
 yo asistí mientras se hacian  
 sus ecséquias en la iglesia.  
 Amigo del alma mia  
 ya no nos veremos mas,  
 que voy á hacer nueva vida;  
 para salvarme me parto,  
 porque ya Dios me destina  
 donde he de hacer penitencia  
 lo restante de mi vida.  
 Mañana irás al convento,  
 dando á Teodora noticia,  
 dirás lo que me ha pasado,  
 que reflexione su vida,  
 y que me encomiende á Dios,  
 que todo el tiempo que viva  
 no me verán mas sus ojos.  
 Con lágrimas repetidas  
 estas razones le dije  
 por última despedida,  
 quedando el triste criado  
 tan asustado, que hacia  
 extremos de sentimiento  
 cuando vió que me partía.  
 El Señor que nos defienda  
 de tentaciones nocivas:  
 y de los lazos del mundo,  
 porque al partir de esta vida  
 subamos todos triunfantes  
 á la patria esclarecida.

F I N.

*Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolsería, número 18.*

